

Hannah Arendt, *Responsabilidad y juicio*, traducción de Miguel Candel, Barcelona, Paidós, 2007, pp. 273.

LUIS ARMANDO VILLASEÑOR HERNÁNDEZ  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

*Responsabilidad y juicio* es la compilación de una serie de lecciones, conferencias y ensayos dictados por Hannah Arendt en distintos foros universitarios americanos, como usuaria de una lengua nueva. Más que un mero dato de formalismo metodológico, me parece prudente recuperar el sentido que puede aportar, no sólo la adopción que comporta el simple hecho de hacerse comprender en una movilidad de signos lingüísticos diferentes a la lengua materna, sino la experiencia de un mundo distinto que no se agota en la articulación de significado y significantes, puestos en marcha, en la tarea de construcción de sentido, sino también una experiencia, mejor dicho, una visión de conjunto que hermana y ata a la lengua con todo su contenido específico. Así, como podemos observar en “A casa y a dormir” y “Reflexiones sobre Little Rock”, dos apartados que corresponden al inicio y remate del segundo capítulo, Arendt aparece enmarcada, y hasta cierto punto hermanada, con la experiencia de fondo que establece la comprensión de su inmediato medio circundante como usuaria de un punto de anclaje en el orbe: América del norte.

Pero dejemos las dilaciones a un lado y entremos de lleno a lo que en verdad nos interesa en esta aproximación panorámica, y digo así porque en el decurso del texto Arendt retoma constantemente las directrices conceptuales que tantas preocupaciones le originaron: ¿Desde dónde, y hasta dónde, uno puede cargar con la tarea mesiánica de expiar las faltas de aquellos a quienes heredamos un mundo?; ¿es el sentimiento de responsabilidad o culpa algo dignamente estimable, más que como simple falso sentimentalismo del tipo “todos somos culpables” o “los criminales que hay entre nosotros”?<sup>1</sup> ¿qué nos queda en pie después del desastroso fracaso de la moralidad en occidente, tras la tristemente celebre postal del infierno en Auschwitz?; qué hacer ante el fenómeno constatable del MAL, no aquel al que la religión y la literatura han intentado pasar cuentas, sino del *mal banal*,<sup>2</sup> aquel cometido bajo los tintes de

la monstruosidad, pero, paradójicamente, no por monstruos ni villanos, sino por agentes de carne y hueso, hombres sin especiales motivos, y que por eso mismo resultan ser de mayor consideración, pues cuando aparecen lo único que queda por decir es “esto nunca tendría que haber ocurrido”. Y, por último, quizá la verdadera cuestión vital en la maestría de la pluma arendtiana es la que pregunta por el lugar que ocupa el *pensar* en el causal de la vida humana: ejercicio depurativo de altos vuelos, artificio teórico del que sólo unos cuantos iniciados logran optimizar fuertes dividendos; o simplemente una actividad tan natural como la vida misma, útil en aquellos raros momentos verdaderamente determinantes de la historia, donde brilla por su ausencia, *cuando las cosas se desmoronan y el centro ya no puede sostenerse*. En fin, una parálisis de la que debemos exigir su constante actualización si, como con Sócrates, consideramos que *una vida sin examen no tiene objeto vivirla*. Así pues, también desde Aristóteles se nos conoce, y lo repetimos hasta el cansancio, como seres que gozan, a diferencia del reino animal, del divino don de la palabra, vehículo que garantiza nuestro ser pensante. ¿Por qué pensar? O ¿pensar, para qué?: “la manifestación del viento del pensar no es el conocimiento; es la capacidad de distinguir lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo. Y esto, en los raros momentos en que se ha llegado a un punto crítico, puede prevenir catástrofes, al menos para mí” (p. 184).

La primera parte del libro se centra en una estupenda y detallada radiografía de las condiciones de posibilidad para el florecimiento y desarrollo de la conducta moral en occidente, entendida en su conjunto como prácticas y costumbres seguidas como norma, como signos establecidos, sea por *revelación* como en la tradición del pensamiento judeo-cristiano, o por los avatares de la máxima de acción kantiana; por los que los hombres se mueven y orientan en el mundo. Así pues, se da por sentado que hay en la naturaleza humana la plena y completa disposición para distinguir sin más ni más lo correcto de lo incorrecto, con la condición de adecuar, en cada uno de sus distintos y variados destinos de acción, la idea o el criterio que mejor pueda amoldarse a cada caso en particular. Esto, sin duda, representa innumerables problemas en el diagnóstico de nuestra autora, pues como ya es sabido, por las distintas objeciones que se han planteado a la luz de las discusiones de un examen crítico aplicado a la insuperable falla de todo imperativo, mandamiento o precepto que por su estricta gratuidad no puede ni debe adecuarse, en su basta ambigüedad, a experiencias concretas. Pues como lo muestra Arendt contamos con

innumerables postales que pueden hacerle frente a esta afirmación: de la Alemania nazi nos llega el punto más álgido de la debacle de la moral en el momento preciso de su degeneración, donde aún en el seno de la “civilización” se revela como un conjunto de *mores*, costumbres o maneras fácilmente sustituibles por otras cualesquiera (p. 70). Lo más grotesco del asunto es, como la propia Arendt observa, que todo ocurría dentro de la más completa normalidad, “donde todo acto moral era ilegal y todo acto legal era un delito que hacia las veces de justificación y legitimación de un nuevo orden en el que el decálogo era puesto patas arriba, pero aún conservando su poder dictatorial, y fácilmente se pasó del ‘no matarás’ al MATARÁS”.

No nos quedan más comienzos, lo que queda es fiarnos más del pensamiento y el juicio en lugar de aplicar categorías inadecuables a los hechos. El sentido de obligación y fidelidad a la norma y el mandato, lejos de aparecer en el sumario de virtudes del buen ciudadano, contribuyen a la pronta adecuación del estado del “ninguno”, aquel que constituye por excelencia el prototipo del “funcionario”, pieza clave del engranaje en la maquinaria de guerra que representa todo gobierno burocrático, gobierno de nadie, en el que todos y cada uno por igual resultan, como las pautas de conducta, fácilmente sustituibles. Pero si acaso se puede objetar, ante la posibilidad de no ser más que simples piezas del sistema, y por lo tanto no quedaba más que obedecer, tal cual pretendían exculparse los criminales de guerra en la Alemania nazi, podemos replicar con la sonora refutación arendtiana: la pregunta no es ¿por qué obedeciste? Sino ¿por qué apoyaste?, podías haber elegido, salir al encuentro de ese diálogo silencioso del yo conmigo mismo donde no es posible subsumir bajo reglas generales un caso particular sino que el fundamento de la conducta y todo deliberar se gesta en la relación que se dispone a llevar uno consigo mismo, donde el gran interrogante del deber hacer se diluye en un estar conmigo, juzgar por mí y actualizar en cada proceso de pensamiento esa relación con un amigo, o un enemigo del que no tan fácil me puedo desprender.

En la segunda parte del texto podemos encontrar una serie de experiencias que resultan ser determinantes para los propósitos del libro. Así, en un primer momento “Reflexiones sobre Little Rock” aborda la problemática de las políticas de homogeneización que bajo el supuesto de borrar las diferencias y restituir la personalidad en un marco de derecho, contrariamente pasan por alto la esfera de lo privado donde las diferencias no pueden ser borradas en nombre de mandato, prescripción o ley alguna sino que por el contrario,

constituyen el terreno de lo que está en juego: la decisión personal consciente de quedar inserto o no en un grupo o comunidad específicos.

Por otro lado, en “*El vicario; ¿silencio culpable?*” se pone en evidencia la funesta omisión de Pío XII, comandante en jefe de la legión Vaticana al servicio del orden supraterráneo, quien con silencio criminal falto a su palabra como representante de Cristo en la tierra, abandonó en la más completa inocencia a millones de personas tras la *solución final* en los campos de exterminio Nazi; quedando así una vez más al descubierto la insuperable contradicción de los designios universales pues acaso ¿no hay que amar al prójimo como a uno mismo?

Por último, en “Auschwitz a juicio” Arendt nos presenta la crónica infernal de lo sucedido tras el proceso judicial efectuado para con los criminales de guerra, donde lo más representativo, por preocupante, resulta ser la terrible incapacidad para pensar, decidir y enjuiciar con la que se encontraban revestidas las grandes cabezas maquínicas del holocausto. Pues es sorprendente ver cuán fácil resulta adaptarse a normas, códigos estandarizados de conducta y reglas de comportamiento, cuando se evade por completo ese diálogo silencioso en el que el fundamento de toda conducta se basa en que yo elija ser yo mismo.

Uno de los dilemas más fuertes a los que desde hace tiempo la filosofía ha tenido que hacerle frente, sin duda ha sido y será, la disyuntiva que compromete pensamiento y acción. Uno de los reproches más fuertes hacia la práctica filosófica sigue siendo la supuesta renuncia o incapacidad para ejercer, más allá del compromiso teórico, una verdadera y determinante actividad transformadora, en un mundo que a los ojos de los muchos no nos dice nada y mucho menos se mueve sin *otra vuelta a la tuerca*. Frente al *bios theoretikós*, la inventiva y la técnica parecen tener mayor cabida en un escenario de constante y violenta transformación. La lectura de Arendt nos sitúa de nuevo en el recorrido de compromiso y enorme valía que nos puede ofrecer la experiencia inmejorable de verse tentado en el día a día, la calle, la oficina, la escuela, la familia, a reavivar la empresa monumental de pensar al mundo, éste en el que nos movemos, y al que llegamos como extraños y del que recibimos por virtud de todo el artificio que hemos instaurado en él, la responsabilidad de asumir nuestro papel como uno-entre-otros, y asimismo, activar en cada proceso de pensamiento ese acto de conciencia donde *inter homines esse (soy entre mis semejantes)* actúo, conozco por mí y conmigo mismo. Ese dos en uno que soy, y me representa como sujeto pensante y legislador del mundo.

## Notas

1. Arendt narra la cínica complicidad del pueblo Alemán de posguerra, quien tras los juicios de Nuremberg, además tomados con una falta de seriedad, como si de suyo, lo que se estuviera poniendo en consideración no fuera más que un simple proceso judicial contra delincuentes ordinarios, intentaba labrar un moralismo mesiánico vulgar adjudicándose una responsabilidad impersonal y, con ello, exculpar a los verdaderos criminales, pues donde “todos son culpables” nadie lo es.

2. En el extensivo análisis que elabora Arendt en *Algunas cuestiones de filosofía moral*, sobre el desarrollo de la conducta y la tradición moral de occidente, puede leerse la expresión del mal radical (p. 85) que es referida dentro de la orientación kantiana a el hecho de que aún cuando el hombre encontrándose capacitado por virtud de la deliberación de su acción racional a obrar conforme al bien, opta contra natura a obrar mal. Por otro lado Arendt identifica el mal banal con la renuencia a participar de la memoria como virtud de pensamiento que hecha raíz y nos sitúa como depositarios en espacio y tiempo de una experiencia y compromiso colectivos como uno-entre-otros, así pues el mal banal se presenta como un moverse sobre la superficie, habita el ser superfluo que no es capaz de echar raíz y buscar en la profundidad que a cada uno le es propia y sopesar posibilidades.